
INTERDISCIPLINA: ¿COSMÉTICA, POSIBILIDAD PRODUCTIVA U OBLIGACIÓN?

VIVETTE GARCÍA DEISTER

Hace dos años, el filósofo de la ciencia John Dupré me manifestó en una conversación la siguiente inquietud: “los estudios de la ciencia están en peligro de convertirse en una disciplina”. Esta impresión de que la historia, la filosofía, la sociología, la antropología, corren el riesgo de perder su identidad disciplinaria ante su fusión en el colectivo denominado ‘estudios de la ciencia’ presupone dos cosas: 1) que dicho amalgamamiento es en efecto posible, y 2) que la transformación de los estudios de la ciencia en una disciplina bien demarcada conlleva un riesgo intelectual que no hemos vislumbrado. Quizás porque desde algunos cuarteles nos hemos concentrado en defender durante algunos años no sólo la posibilidad, sino la deseabilidad de la interdisciplina más allá de un ejercicio cosmético —del tipo que se preocupa sólo por satisfacer los criterios de la “innovación metodológica” expuestos por agencias gubernamentales con el fin de obtener subvenciones— no nos hemos detenido a examinar las consecuencias de estas diligencias intelectuales. ¿Cuáles son las condiciones bajo las cuales la interdisciplina constituye una posibilidad productiva? ¿La identificación asidua de estas condiciones ha convertido la interdisciplina en una obligación intelectual, incluso una que pretendemos imponerle a cualquier reflexión sobre la ciencia? Para esbozar una respuesta a estas preguntas y a las que se plantean en este foro, examino brevemente el pasado reciente de algunas miradas interdisciplinarias. Este pasado es en buena medida la arena en la que mis propias afiliaciones disciplinarias se han construido y han mutado.

Durante la segunda mitad del siglo XX, la relación entre la ciencia, la historia, la filosofía y la sociología se expresó por medio de preocupaciones historiográficas y metodológicas. En sus trabajos, filósofos e historiadores desarrollaron una epistemología histórica anclada en la idea de que la ciencia es un proceso cultural. A través de algunas manifestaciones intelectuales —en contra de lo que Peter Galison llama la ‘historiografía de la

guerra fría, por ejemplo— autores como Pnina Abir Am, Richard Burian, Soraya de Chadarevian, Frederic Holmes y Hans-Jörg Rheinberger han amasado una enorme producción de textos que se resiste a la propensión generada cuarenta o cincuenta años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, a dividir los objetivos de la investigación histórica a lo largo de un eje de autonomía y dependencia (respecto del contexto social, sobre todo), y que dio como resultado la oposición entre internalistas y externalistas. Estos autores han hecho aportaciones como la noción de “ruta de investigación” (Holmes) y la de “sistema experimental” (Rheinberger), que enfatizan la historicidad de las ideas y de las prácticas científicas, y que permiten articular los dominios “interno” y “externo”.

En su más reciente diagnóstico de la historia y la filosofía de la ciencia, Galison apunta que “así como los filósofos hoy en día tienen poco interés en perseguir la teoría general del cambio científico, los historiadores tienen aún menos interés en producir macetas con ejemplos que confirmen o refuten esta o aquella imagen ecuménica” (Galison 2008, p. 112). A estas observaciones yo agregaría otra. Hoy, cada vez se piensan menos desde el escritorio las preguntas que se hacen los filósofos y los historiadores de la ciencia. Esto nos lleva a examinar los métodos que se han usado hasta ahora para plantearlas y su permeabilidad a los que se están importando de otros campos del conocimiento, como la sociología, la antropología o la etnografía. Ilustro esta situación.

“Si hay un trabajo que puede hacerse desde una butaca, es la filosofía”, dijo hace cinco años Timothy Williamson ¹, un reconocido filósofo británico, para luego escudriñar a fondo el método tradicional de la filosofía, que utiliza sólo el pensamiento, sin observación y sin experimento. O, si queremos reconocer el carácter social de la empresa filosófica: el pensamiento que se realiza sin observación y sin experimento, desde varias butacas. Las herramientas con las que se ha practicado este método, y las escuelas filosóficas que las han utilizado son muchas y variadas (racionalismo, naturalismo, fisicalismo, realismo científico, etc.). Así las cosas, lo que yo rescato de mi entrenamiento en la filosofía de la ciencia tiene poco que ver con el óptimo aprovechamiento del pensamiento confinado a la butaca. Por lo contrario. Al menos en este campo, son cada vez menos los filósofos que hoy se instalan cómodamente en asientos acolchados a tomar café, formular generalizaciones y diseñar escenarios imaginarios donde ponerlas a prueba. Los escenarios ya existen, son diversos y ricos en contenido, y la labor del filósofo de la ciencia —me instruyeron mis maestros— es levantarse del asiento y adentrarse en ellos, superando las fronteras disciplinarias.

Esta perspectiva que alude a un conocimiento científico localmente situado y producido, tan distinta de la “visión desde ninguna parte” que identificaba Thomas Nagel en los años ochenta, la posibilitó (como ya

dijimos) una generación de pensadores que organizó la embestida contra quienes defendían que la ciencia opera en una burbuja, libre de las ataduras del tiempo, la política, la ideología, los mercados, la industria o la psicología. Este cambio de mirada trajo consigo también la adopción de una nueva metodología. Los estudios de caso, surgidos en las ciencias sociales y tan apreciados en la historia de la ciencia, generaron una nueva preocupación que describe puntualmente el historiador Robert Kohler. ¿Cómo puede un estudio de caso ser particular y local, pero a la vez trascender las singularidades del periodo y el lugar en el que se sitúa? (Kohler 2005). Dicho de otro modo, una vez que nos han enseñado que una aseveración sólo es válida en situaciones específicas y altamente contextualizadas, una vez que nos han inculcado el miedo a generalizar, ¿cómo puede un estudio de caso producir resultados filosóficamente interesantes?

Para lidiar con esta cuestión, uno puede plantearse, al modo de Galison, un conjunto de requisitos analíticos e historiográficos: claridad acerca del uso de categorías como contexto o historicidad, y precisión en torno a los límites de la explicación local (microhistórica) y la global (macrohistórica). A partir de ahí se puede articular una respuesta útil a la pregunta: “¿Cuál es el tipo de narración que buscamos cuando pretendemos abordar la ciencia no como una generalidad vacua sino en su formación específica, local?” (Galison 2008, p. 111). Para algunos, la respuesta es que buscamos una narración construida a partir de conceptos, herramientas y criterios provenientes de distintas disciplinas, porque una sola no nos ofrece el punto de vista apropiado para nuestra exploración. Los estudios de caso pueden producir este tipo de narrativa, que no se obtiene del trabajo menos permeable y más abstracto de la filosofía de butaca. Los casos metodológicamente y epistemológicamente útiles no necesitan ser inocentes filosóficamente ni deben conducir a grandes conclusiones por inducción a partir de muestras absurdamente pequeñas. Los estudios de caso son el único remedio contra el miedo a generalizar.

El ejercicio de esta estrategia conlleva, por un lado, el sacrificio de una única identidad profesional (la incomodidad ante el uso de un solo apelativo y, al mismo tiempo, la incapacidad para responder de manera súbita y estándar a la pregunta: “¿qué eres?”) y, por otro, la posibilidad de caer en la contradicción. Como dijera Dan Sperber (a quien me resisto a llamar filósofo o científico cognitivo de manera excluyente), al describir a la interdisciplina como algo bueno, deseable y “con cuerpo”, estamos descalificando el trabajo de aquellos que se especializan en campos discretos y autocontenidos. Sin embargo, es justamente esta sobre-especialización a menudo criticada desde la interdisciplina de la que, paradójicamente, nos alerta Dupré como una tendencia inherente a la institucionalización de nuestro híbrido favorito. Más que autoimponernos o exigirnos unos a

otros el tránsito hacia la interdisciplinariedad, quizás deberíamos preguntarnos cómo hacer nuestro trabajo relevante a la sociedad o, para tomar prestado el adjetivo que usa Peter Wade (1997) para describir el reto de la antropología contemporánea, cómo convertir nuestra investigación en algo más “mundano”. No se trata de agregar un punto más al “catálogo de las buenas intenciones inscritas en la corrección política”, sino de tomarnos el carácter situado de nuestras propias indagaciones al menos tan seriamente como nos tomamos el carácter situado de nuestros objetos de estudio.

Así como los estudios de la ciencia están en peligro de convertirse en una disciplina, la interdisciplina como posibilidad productiva corre el riesgo de convertirse en una obligación. Ya se pueden escuchar las alarmas.

NOTA

- 1 Timothy Williamson ocupó la Cátedra Gaos del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM del 25 de septiembre al 18 de octubre de 2006, periodo durante el cual dictó una serie de conferencias en torno a la filosofía analítica y sus métodos.

REFERENCIAS

- Galison, P. (2008), “Ten problems in history and philosophy of science,” *Isis* 99 (1): 111-124.
- Kohler, R. E. (2005), “A generalist’s vision,” *Isis* 96: 224-229.
- Wade P. (1997), *Cultural Studies will be the Death of Anthropology*, Group for Debates in Anthropological Theory, Department of Social Anthropology, University of Manchester.